

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalle
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, Impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 311

25 Cts.



**PAPÁ
DICE QUE NO**

POR
MARY BRIAN
Filmoteca
de Catalunya

McKeown, Jack

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 311

Papá dice que no

(Her father said no, 1928)

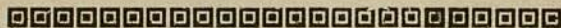
Divertida comedia americana
interpretada por los célebres
artistas

Mary Brian, Danny O'Shea, etc.

Exclusiva especial GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ESTELLE CLARK



PAPÁ DICE QUE NO

Argumento de la película

En una hermosa mañana, mientras la vida y el sol triunfaban magníficamente en los campos, el joven Daniel Martín, boxeador profesional y futuro campeón, se entrenaba corriendo alegremente. Como una vibrante y luminosa ráfaga de salud, entraba en sus pulmones el aire límpido del día primaveral.

A duras penas podían seguir la ágil y vigorosa carrera del muchacho, Arturo Conklin, su "manager", que nunca como entonces había podido decir que se ganaba el pan con el sudor de su frente, y el entrenador Ricardo Gordon, temperamento pacífico, que había pasado muchas veces por el "ring" sin sentir la tentación de repartir puñetazos.

Arturo era el más apurado. Jadeaba y se rindió a una súplica:

—¡Basta ya, por favor! ¡Compadecemos de un pobre "manager"!

Un poco más abajo de la carretera, se hallaba detenido el *auto* de Carlota Hamilton, una maravillosa criatura, lozana y exquisita, que cuando pasaba por un jardín hacía inclinarse, humilladas, a las rosas.

Junto a ella compartía la contrariedad de la "panne" inesperada su amiguita Clotilde Francis, una rubia deliciosa y picarescamente infantil.

Carlota, muy apurada, exclamaba impotente ante la paralización de su *auto*:

—Algo debe haberse roto... ¡y sin un alma por aquí que nos ayude!...

Fué entonces cuando Clotilde divisó una tropa de corredores que se acercaban, y resolvió, contenta:

—¡Mira! Por allí viene un equipo de jugadores de fútbol, seguramente... Ellos nos auxiliarán...

Efectivamente, cruzó pronto ante el coche parado el grupo de corredores que se había agregado a Daniel Martín y a sus entrenadores, pero las dos señoritas no se atrevieron a pedirles ayuda, y se quedaron mirando como se perdían carretera abajo en su carrera ligera y poderosa.

Pero un corredor se había quedado rezagado, y apoyado en el guardabarros del co-

che contemplaba visiblemente admirado y sorprendido a la joven Carlota.

Tras de él acababan de llegar Arturo Conklin y Ricardo Gordon que se detuvieron también ante las automovilistas. Observaron su situación y propusieron:

—Si el coche no anda, nosotros lo arreglaremos en un santiamén, ¿no es verdad, Gordon?

Y destaparon el radiador y empezaron a quitar piezas y piezas, pareciéndoles que quizás lo que el *auto* necesitaba era aligerarse de la carga de tantos artefactos.

Mudas y un poco cohibidas ante la mirada franca y sonriente del corredor que no era otro que Daniel Martín, las dos jovencitas ni se daban cuenta de la operación que sufría su coche en las destructoras manos de los dos deportistas. Hasta que Daniel advirtió:

—Me parece que van a desmontar el coche pieza por pieza. Lo que yo me pregunto es cómo se las arreglarán para montarlo otra vez...

Y acertó Daniel, porque en cuanto los dos buenos muchachos hubieron comprobado que a pesar de estar completamente vacío, el coche no se movía, se vieron perdidos y echaron a correr con más alientos que cuando seguían a su boxeador.

Daniel se rió entonces, divertido con la

obra de sus amigos, y colocando de nuevo en el radiador todas las piezas que ellos habían quitado, notó que el depósito estaba seco de gasolina.

—Un momento, señoritas. Estoy de vuelta en seguida.

Al poco rato Daniel regresaba con una lata de gasolina y comunicaba a las turbadas y lindísimas señoritas:

—La única enfermedad que tenía su coche era falta de gasolina.

Llenó el depósito, verificó el montaje del radiador y sonrió mientras el *auto* trepidaba otra vez a punto de correr bajo el volante que dominaba la preciosa Carlota.

Ella le saludó dulcemente y exclamó:

—Ha sido una suerte para nosotras haber tropezado con usted...

—La suerte ha sido para mí, señorita — repuso él, galante.

Luego añadió, distraído:

—Yo vengo diariamente por aquí a esta hora... Estoy entrenándome...

Carlota volvió a sonreír ante el saludo del simpático desconocido y se alejó en su coche, mientras en los ojos de él, la mañana pura y transparente se hacía toda del color brillante y profundo de los ojos de ella.



Filiberto Krum, el pretendiente oficial de Carlota, ibapaseándose a caballo por la avenida que conducía al parque de la finca del padre de Carlota.

Muy estirado y complacido de la cara que le reflejaba el espejo de bolsillo en que se contemplaba, no se dió cuenta el mozalbete de que venía hacia él el coche de Carlota, ante el cual se encabritó el caballo, dando con Filiberto en el suelo.

Carlota frenó y bajó rápidamente apaciguando al animal, pero por más que se afaná no pudo descubrir al jinete caído, hasta que debajo del auto surgió la cabeza sucia y empavorecida de su novio, que levantándose muy corrido y sacudiéndose el polvo exclamó para disimular un poco:

—Ese caballo siente por mí una profunda aversión... En cuanto estoy delante de alguien me hace en seguida cualquier perrería.

Clotilde sonreía burlonamente, Carlota, compasivamente. El pobre chico balbució, confuso:

—Carlota, ¿tiene usted algún plan para esta noche?

—Sí; esta noche tendré un horrible dolor de cabeza.

Y empuñando otra vez el volante, se encaminó hacia su casa, dejando a Filiberto avergonzado y triste. Entonces cogiendo rabiosamente las riendas del caballo, lamentó:

—¡Tú tienes la culpa! ¡Siempre que hay mujeres delante, me has de poner en ridículo!



Al día siguiente, frente a la puerta del campo de entrenamiento de Daniel Martín, se detenía suspirando, codicioso y respetuoso, un chiquillo desarrapado y lindísimo, acompañado de su perro.

—¡Hay que ver, si yo pudiera entrar aquí dentro y ver a Daniel Martín, conocer al más grande de los boxeadores del mundo!... — murmuraba el niño.

Era Pepito Doe, un pequeño entusiasta del boxeo y de los boxeadores; un alegre gorrión, libre y solitario, que para vivir le bastaban las migajas del banquete de los demás mortales.

Ahora, toda la ilusión de su alma era ver de cerca al ídolo del "ring", el deportista famoso y admirado que ya hacía sonar su nombre con un timbre sonoro de gloria.

Por eso se decidió a seguir a su perro que

empujando la puerta que daba acceso al campo del boxeador se metió hacia adentro resueltamente.

Pero al cabo de medio minuto, el pobre Pepito Doe, después de un peligroso vuelo por encima de la cerca del campo, aterrizaba accidentalmente en el mismo lugar de partida. A su lado se encontró con la mirada mustia de su perro. Los dos se sintieron desgraciados.

En aquel momento llegaba de su feliz carrera matinal el joven Daniel Martín que vio caer al niño acudiendo él presurosamente.

Se sentó a su lado y mirándolo sonriente, al ver su carita seria y conformada, le preguntó:

—¿Por qué das esos saltos, pequeño... ¿No ves que puedes deteriorarte las narices?

Pepito contempló un momento a su desconocido e insospechado interlocutor. Lo encontró simpático y respondió, muy serio:

—Te aseguro que no he saltado... Es que me he caído de mi aeroplano.

Rieron los dos. Luego, el niño explicó:

—Yo he venido aquí para ver entrenarse a ese Daniel Martín. Quiero ver si es tan buen boxeador como dicen, para apostar por él.

—¿Ah, sí? Bien, pues, pequeño. Vas a ver a ese Daniel Martín y ya me dirás luego lo que te parece.

Se levantaron. Daniel empujó la puerta por la que antes se había introducido el niño y le invitó a pasar. Pero Pepito se resistió, escamado:

—Entra tú primero... yo quiero tener libre el camino de detrás por si hay que echar a correr.

Daniel condujo al pequeño a su "ring" de entrenamiento que acababan de abandonar sus "managers", y Pepito saltó de alegría ante la realización de sus más caros sueños: ¡Un "ring"! ¡Y el de entrenamiento de su ídolo, de Daniel Martín! Se encaramó en el tablado y se apoderó de unos guantes; calzóselos y loco de gozo empezó a repartir puñetazos al aire.

Daniel le miraba encantado y sonriente. ¡Qué monada de criatura! Subió a reunírsele y arrodillándose ante él le hizo frente. Y boxearon duramente, Daniel Martín aguantando, sorprendido, los golpes acertados de su pequeño contrincante, y Pepito acometiendo, impetuoso y glorioso de su nueva y soñada calidad de boxeador.

Arturo Conklin y Ricardo Gordon se acercaban extrañados.

—¿Quién es ese nuevo competidor, Daniel? — quisieron saber.

Daniel saludóles alegremente. Y entonces la revelación estupenda asombró los admira-

dos ojos de Pepito. ¡Daniel! ¿Daniel Martín?... Balbució:

—¡Cómo!... ¿pero tú... pero usted es Daniel Martín?

Un gran abrazo y una risa cordial le respondieron, confirmando su pregunta.

—Esta es nuestra nueva mascota... ya veréis cómo nos trae la suerte...

Después, dirigiéndose a él, objetó, súbitamente preocupado:

—¿Y crees tú que tu familia te dejará que te quedes a vivir con nosotros?

Pepito miró a Daniel con sus grandes ojos llenos de ternura, de emoción y de gratitud. Después se acercó a su perro que lo contemplaba sumisamente y le habló al oído. Acercó luego su oreja al hocico del animal que se la lamía amorosamente, y se levantó radiante.

—Todo está arreglado... Mi familia dice que puedo quedarme — declaró.

Daniel comprendió, apenado.

—¿Pero no tienes ni padres, ni parientes... nadie que vele por ti?

Pepito bajó tristemente la cabeza negando. El perro también agachaba la suya bajo la caricia de las manos de su amito.

Daniel se arrodilló y abrazó estrechamente al niño. ¡Pobrecito, huérfano, cómo él!... Y resolvió, besándolo fuertemente:

—Desde ahora, pequeñín, vas a tener un hermano mayor que te querrá mucho...

Pepito estaba loco de felicidad y de asombro. Quiso gritar, estallar de alegría, y no supo más que llorar, llorar mucho, riéndose, sobre el hombro robusto de su amigo...

Pero luego, cuando se encontró solo con su otro amigo, su inseparable perro, testigo de la aventurosa escena, amenazó, muy hombre:

—Si le dices a alguien que yo he llorado te corto el rabo.



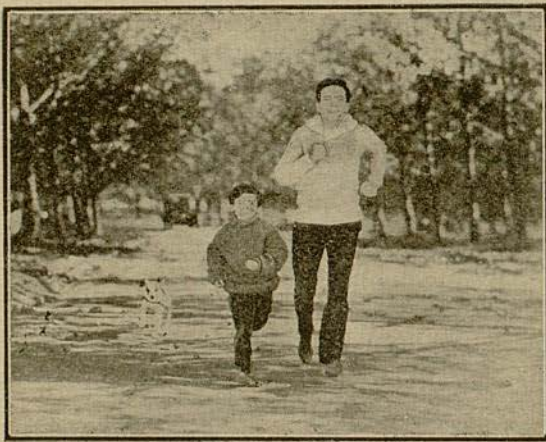
Jorge Hamilton, el padre de Carlota, era un hombre que cuando decía "no", su "no" era de los que no admitían réplica.

Muy preocupado y extraordinariamente contrariado escuchó el enérgico señor estas palabras de su abogado:

—Lo siento, pero no hay ninguna ley que pueda impedir que el boxeador Martín tenga su campo de entrenamiento junto a las propiedades de usted.

—¡Pues es una verdadera desgracia! Porque... el día menos pensado mi hija puede ponerse en contacto con ese grosero boxeador.

En aquel momento, su hija, la preciosa Carlota que salía hacia su paseo matinal, recogió las temerosas palabras y acudió sonriente:



...el boxeador Daniel Martín acompañado de su pequeño amiguito...

—¡Oh, papá! Te pasas la vida diciendo pestes de ese “grosero boxeador”... es tu pesadilla.

Y salió saltando gozosamente.

Entretanto, por la carretera corría animosamente su entrenamiento diario el boxeador

Daniel Martín acompañado de su pequeño amiguito Pepito Doe que había alcanzado la meta de sus aspiraciones.

Y el *auto* de Carlota Hamilton se detuvo como la otra vez por la falta de gasolina.

Y también como el día anterior Daniel Martín se encontró con la linda automovilista, y ya se saludaron como antiguos amigos.

Charlaron. Daniel fué a su garage a buscar la gasolina, llenó el depósito de Carlota y propuso:

—Estoy entrenándome otra vez... Si no lleva usted el coche muy deprisa, podré, hacerle un rato de compañía...

Y así, corriendo lentamente él y deslizándose ella levemente en su auto, anduvieron todo el paseo hablándose, hablándose, cada vez más presos, como si les unieran sus propias palabras.

Antes de despedirse, frente a su casa, Carlota expuso:

—A propósito, el jueves tenemos una pequeña fiesta campestre en nuestras posesiones... ¿No quiere usted ser de la partida?

Sonrió amplia y luminosamente Daniel. El hubiera querido no sólo ser de la partida de aquella chiquilla inefable y risueña, sino de ella para toda la vida...



Pepito Doe, desde que había entrado en el campo de entrenamiento de Daniel Martín, se había constituido en su más ardiente y esforzado paladín. Ahora era ante un grupo de muchachos que lo defendía devotamente:

—Yo os digo que mi boxeador está en muy buenas condiciones para luchar mañana con el campeón...

Y entretanto en el "ring" de prácticas, Daniel se entrenaba optimista y feliz, puestos los ojos en un bidón de gasolina colgado bajo un rosal, que le traía gratisimos y perfumados recuerdos...

Clotilde Francis, la rubia amiga de Carlota, tenía varias debilidades, y entre ellas tenía en lugar preeminente la de los deportes. Por eso se hallaba en aquellos momentos en el campo de entrenamiento de Daniel Martín, mirando como jugaba con sus "sparrings".

De súbito irrumpió en el campo, atraído por los ladridos del perro de Pepito Doe, el perro de Carlota Hamilton que se había separado de su ama al pasar por delante de la residencia de Martín.

A los pocos instantes, persiguiendo a su perro, se presentaba Carlota Hamilton.

Pepito Doe retuvo al suyo, mientras la señorita se llevaba a su falderillo, advirtiéndole:

—Señora, será mejor que se lleve usted a su perro, porque el mío tiene poca paciencia y buenos colmillos.

Acudió Daniel Martín, sorprendido y deslumbrado. Entonces su pequeño amigo presentó, dirigiéndose a Carlota:

—Señorita... está usted mirando y admirando a Daniel Martín, el boxeador más famoso del mundo.

Un asombro, mezcla de decepción y de gozo, animó el precioso rostro de Carlota. Clotilde Francis se reunió con ellos y terció:

—¿Le has reconocido? Es el joven que arregló nuestro coche...

Carlota logró reponerse lo suficiente para saludar con cortesía y alejarse con su amiga, diciéndole:

—Vente, Clotilde... no es este sitio propio para ti.

Al llegar a su casa, Carlota estaba violentamente agitada por mil sentimientos opuestos. ¡Boxeador, boxeador aquel muchacho encantador, delicadísimo... simpático...! ¡Qué desilusión! Además era el aborrecido de su padre, pero no ciertamente el suyo...

Pero, sin embargo no podía continuar ninguna clase de relaciones con un hombre al

que su padre detestaba... Por eso cogió heroicamente la pluma y escribió, muy seria:

“Señor Martín: Lamento saber que está usted comprometido en un “match” de boxeo; mi padre siente un odio profundo por su profesión, y atendiendo a sus deseos, creo que será mejor que no venga usted a la fiesta de que le hablé”.

Pero mientras ella trataba de romper con aquellas letras la reciente ilusión que había empezado a iluminar su vida, Clotilde, menos definitiva, había preparado el receptor radio-telefónico y proponía alegremente:

—¡Vamos a oír por radio todos los incidentes del combate de esta noche de Daniel Martín!

Carlota abandonó su carta. Arrebató un auricular a su amiga y escuchó: la lucha se iniciaba. Se percibía el apasionado clamor del público y el jadeo de los contrincantes. Las dos muchachas, exaltadas y anhelantes, reconstruían en su imaginación con ayuda de aquellos sonidos, todas las escenas del “ring”.

Era el campeonato del mundo lo que disputaba Daniel Martín, y se batía duramente, resistiendo y contrarrestando el formidable empuje de su adversario.

Pero la astucia ha vencido siempre a la fuerza y la intriga a la lealtad. Y de pronto, el árbitro que presidía el combate, después de

haber cambiado una mirada de inteligencia con alguien que se hallaba entre el público, separó bruscamente a los luchadores y declaró:

—¡Samuel Edwards vence por golpe sucio de Martín!



—¡Vamos a oír por radio todos los incidentes del combate...!

Una angustiosa y dolida sorpresa ensombreció el rostro de Clotilde y de Carlota. Escucharon más ávidamente. Se oían voces sulevadas en el “ring”.

—¡Usted ha castigado a Martín injusta-

mente! ¡Yo le prometo que en esta ciudad no volverá usted a ser referé!”!

Clotilde se exasperaba:

—¡Qué infamia! ¡A Martín le han jugado una mala pasada!

—¡Miserable! —prorrumpió Carlota. Pero añadió luego: —Después de todo, ¿qué me importa?... No pienso volver a verle nunca más...

Clotilde sonrió:

—Nunca más... hasta mañana en la fiesta, ¿verdad?

—Te equivocas... Esta carta anula la invitación que le había hecho.

—¿Quieres que se la entregue yo misma en tu nombre?

Carlota dobló el papel y se lo entregó a su amiga. Entonces Clotilde, sonriendo, lo deshizo en pedazos y, mirando cariñosamente a su compañera, soltó una carcajada. Y Carlota, libre de la carta cruel, rió también, des cansada y optimista.

*
**

Entretanto, Daniel Martín, que había perdido el combate, pero no su alegría ni aquella luminosa expresión de esperanzas que tenía desde hacía varios días, sonreía a la tribulación de sus amigos.

—He perdido el “match”... —declaraba a sus “managers”—, pero me esperaba la fiesta campestre de Carlota Hamilton.



—He perdido el “match”... pero me espera la fiesta campestre de Carlota Hamilton.

Pero el director deportivo del “ring” no se conformaba con los razonamientos del muchacho y afirmaba:

—Le han hecho a usted una canallada, Martín..., pero yo le proporcionaré la revancha o dejo de ser quien soy.



La tan soñada fiesta campestre de los Hamilton había llegado, y Daniel Martín disfrutaba ya la dicha de hallarse al lado de Carlota, aunque ella le declaraba, muy compungida:

—Mi padre no puede ver a los boxeadores ni en pintura... Se pondría furioso si supiera que usted lo es. Por eso le escribí a usted pidiéndole que no viniese hoy.

—Pero yo no recibí su carta...

—Es que no se la mandé—confesó la niña, turbadísima.

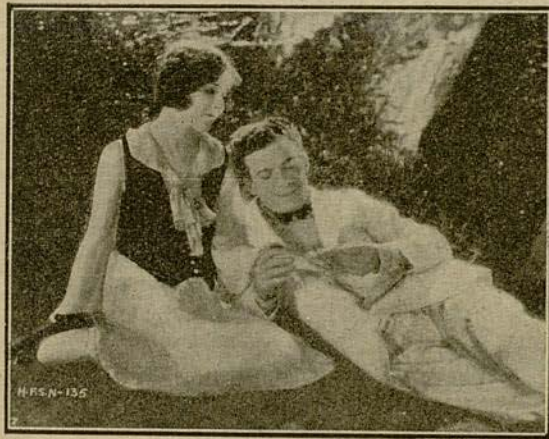
Daniel Martín rió gozosamente. Atrajo a Carlota y se tendió sobre el césped, invitándola a que se sentara a su lado, y allí, lejos del bullicio de la fiesta, en los jardines, charlaron, charlaron quedo y mucho, como dos pájaros...

Y mientras tanto, por los alrededores de la finca los dos "managers" del joven boxeador y Pepito Doe, se hallaban entregados a los más consoladores ensueños, cuando llegó precipitadamente un enviado de la comisión deportista en busca de Daniel.

—¿Dónde está Martín?... Hemos arreglado ya el combate de revancha con Edwards.

Pero en aquellos instantes el joven boxeador estaba muy ajeno a todos los manejos y combinaciones de su profesión.

Había tejido con una margarita, un inge-



—...Este anillo equivale a una declaración de amor.

nioso anillo que colocó en el dedo de Carlota. Ella sonrió, ruborizada haciendo ademán de quitárselo, pero él la contuvo:

—No se lo quite usted, Carlota... Este anillo equivale a una declaración de amor.

Le besó la breve mano infantil y la miró

arrobado de ternura. Carlota suspiró y apoyó su bella cabecita sobre la del muchacho...

Pero su pretendiente Filiberto, andaba buscándola y se informaba de su paradero preguntando a su padre:

—¿No sabe usted dónde está Carlota, señor Hamilton?

—No lo sé, joven... Búsquela usted, que no debe andar muy lejos.

Y el pollito se lanzó a la captura de su novia, descubriéndola por fin en su amable coloquio con Daniel Martín.

Desesperado se volvió al lado del señor Hamilton que le preguntó al verlo tan mustio:

—¿Qué, todavía no ha encontrado usted a mi hija?

—¡Más me valía no haberla encontrado! Está hablando muy amistosamente con un boxeador.

—¿Qué dice usted?

Y, guiado por el infeliz Filiberto, el furioso padre se dirigió al encuentro de su hija, topándose con los amigos de Daniel Martín que iban en su busca.

—Nosotros necesitamos ver a Daniel Martín, señor—explicaron.

No tardaron en encontrarlo, al lado de Carlota.

—Tienes que venir en seguida—le dije-

ron—; Roberts acaba de arreglarte el combate de revancha con el campeón.

Daniel Martín sonrió seguro e indiferente y repuso, mirando serenamente al irritado señor Hamilton:

—Yo venceré a ese campeón y a todos los campeones del mundo... si el papá de Carlota dice que sí...

Pero el furibundo papá cortó, rápido:

—¡El papá de Carlota dice que no!...

Daniel Martín intentó hablar, pero el papá atajó:

—Joven, ¿a qué se dedica usted?

—Señor Hamilton, yo soy un boxeador profesional..., pero amo a su hija y creo poder hacerla dichosa.

—¡Ningún hombre que tenga por ocupación dar puñetazos se casará con mi hija!—proclamó el fiero papá.

Daniel se inclinó reprimiendo dolorosamente su disgusto.

—No podía usted decirlo con más claridad, señor.

El señor Hamilton saludó secamente y se alejó conduciendo a su hija que marchaba desconsolada.

Martín y sus amigos salieron de la finca. Por el camino, los buenos compañeros procuraban consolarle:

—¡No te importe, chico! A lo mejor, es-

tas “niñas bien” ni saben cocinar — decía Gordon.

—En el próximo combate nos meteremos veinte mil dólares en el bolsillo — añadió Conklin.

—¡Ni un centavo menos!

Pero Daniel interrumpió:

—Estáis hablando inútilmente, amigos míos... Yo no pienso volver a dar un solo puñetazo en mi vida.

Al llegar a su casa, Daniel ordenó la preparación de sus equipajes, guardó amorosamente en su maleta el querido bidón de gasolina que tan dulces recuerdos tenía para él, y se despidió de todo lo que hasta entonces había sido su mundo.

**

Algún tiempo después abrió sus puertas con el nombre de “The Bend”, un nuevo balneario; según los prospectos anunciadores, gracias a él se habían terminado las enfermedades del mundo.

El gabinete de la dirección lo ocupaba Daniel Martín, y Gordon y Conklin llevaban blancos uniformes de enfermeras. Por cierto, que

los dos bravos muchachos estaban escandalizados.

—¡Mira que un “managers” de primera clase metido a cuidar enfermos!... ¡Qué vueltas da el mundo!

—Si yo sigo dos semanas más aquí, soy yo el que va a la enfermería...

Pepito Doe, muy pinturero con su trajecito de “botones”, bostezaba con excesiva frecuencia:

—¡Fíjate, fíjate en eso, Arturo!—exclamó Gordon tendiendo a su camarada un periódico—, ¡hay que sacudir a ese chico! ¡eso no puede tolerarse!

Conklin leyó: “¿Daniel Martín es un cobarde? Su negativa a luchar con el campeón Edwards parece demostrarlo así.”

Conklin devolvió el periódico, suspirando:

—Es inútil insistir, muchacho. Yo ya lo he intentado por medio de todos los idiomas que domino, y ha sido como si hablase en esperanto. ¡El amor es terrible, qué quieres!...

Y entretanto, en la ciudad, la propaganda que Daniel Martín había organizado sobre su balneario, acababa de dar un resultado, el resultado apetecido y el único buscado: la resolución del señor Hamilton a ir a curarse sus numerosos alifafes al prodigioso establecimiento. Su hija le había convencido de que

era absolutamente necesario, y él había asentido:

—Muy bien. Vamos a ir a ese sanatorio, porque desde tu desgraciado asunto con aquel boxeador, mis nervios no me dejan vivir.

Loca de alegría, Carlota corrió al teléfono y llamó a su amado:

—¡Daniel! Por fin, he persuadido a papá de que padece una crisis nerviosa y Filiberto se ha convencido a sí mismo... De modo que hoy llegaremos los tres...

—Tu padre no sabrá que estoy yo aquí ¿verdad, mi vida?

—¡Figúrate! ¡No, qué va!

Y aquel mismo día llegaron al sanatorio los nuevos pacientes.

Al inscribirse, lo primero que les fué presentado fué un reglamento de contrato que establecía: "A ningún paciente se le permitirá salir del balneario hasta la terminación del tratamiento médico, el cual se desarrolla en un plazo de 60 días."

—¿Es decir, que si yo firmo esto no puedo salir de aquí cuando se me antoje?

—Si empieza usted el tratamiento, no le queda más remedio que terminarlo—confirmó el gerente.

—¡Pues no estoy de acuerdo!—gritó el señor Hamilton.

Pero Carlota había firmado ya y Filiberto

acababa de hacer lo mismo apremiado por ella, y el buen señor, a trueque de dejar a su hija y a su pretendiente solos en el establecimiento, tuvo que resignarse y firmar también.



—¡Pues no estoy de acuerdo!

Carlota fué conducida al departamento que le había sido reservado, y que se hallaba invadido de flores.

—¡Qué preciosidad!—suspiró la nena feliz.

Llamaron a la puerta. Abrió y encontróse con Daniel, el director, que le preguntó sonriendo:

—¿De modo que es usted la nueva paciente? ¿Está usted dispuesta a empezar la primera parte de su tratamiento?

—Sí, señor...

Inmediatamente el joven se inclinó y le dió un beso. Luego añadió, siempre sonriente:

—Esto, señorita, tendrá que repetirse cada hora hasta que salga usted de aquí.

Y se retiró con una mirada llena de ternuras y de ilusiones. Carlota estaba deslumbrada.

En cambio, el tratamiento aplicado al señor Hamilton y al frágil Filiberto, no era precisamente tan agradable.

Lo primero que se les impuso fué que cambiaran sus trajes de calle por los pijamas y se llevaron sus ropas, manifestando:

—Hay orden de guardar la ropa de los enfermos hasta la terminación del tratamiento.

Acto seguido los nuevos pacientes fueron conducidos al gabinete del médico del establecimiento, para proceder al reconocimiento.

El dictamen fué despampanante:

—No comer patatas—dijo el doctor—; no comer carne; no comer pan; no comer dulces; no tomar café...

Los dos hombres estaban desconcertados. Sin dejarles reponerse de la sorpresa, les llevaron a la sala de masaje, donde las manos pecadoras de los dos amigos de Daniel Mar-

tín, debían encargarse de sus cuerpos, y achuchones y guantadas que los dos desgraciados recibieron, fueron innumerables.

El señor Hamilton protestó, indignado:

—¡Quiero ver inmediatamente al director!

—El director está ahora muy ocupado...—le respondieron. Y le llevaron a la ventana por donde se veía el jardín. Bajo los rosales y las acacias, Carlota y Daniel Martín seguían, embelesados, su idilio.

¡No le faltaba más que esto al pobre señor!

Los tratamientos sucesivos fueron muchísimo menos soportables. Los dos infelices hombres padecían tanto como Carlota y Daniel gozaban.

Daniel acababa de proponer a su amada:

—¿A qué esperar el consentimiento de tu padre, Carlota? Casémonos primero y ya se lo pediremos después... ¿Quieres?...

—Sí, amor mío.

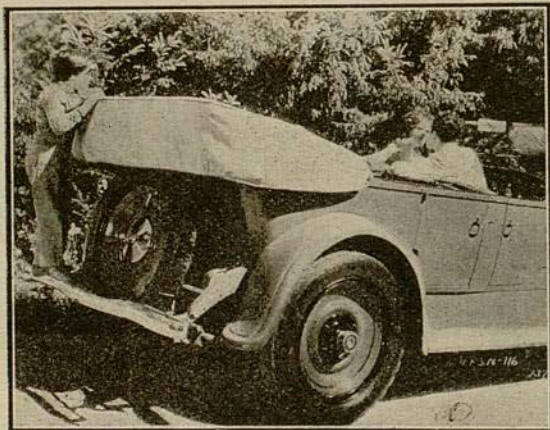
Los sufrimientos del señor Hamilton y de Filiberto habían llegado a su punto culminante en los baños caliente o hirvientes, mejor dicho.

—¡No espero más!—bramó el papá de Carlota—. ¡Quiero ver ahora mismo al director!

Gordon y Conklin, ceremoniosamente, replicaron:

—Está ocupadísimo... Asómese usted y se convencerá.

Se asomaron. En el mismo jardín, su hija y Daniel Martín se besaban entre la bendición del pastor. ¡Se acababan de casar!



...sorprendió a la venturosa pareja besándose...

—¿Ese hombre es el director?—balbució el señor Hamilton.

—Sí, señor.

¡Todo lo comprendió entonces! Y cerró fu-

riosamente los puños ávidos de estrellarse contra la cabeza del audaz.

Pero éste, desde abajo le gritaba alegremente:

—¡Adiós, querido suegro! Cuando salga usted de ahí, ya nos dará el consentimiento para la boda; ahora lo tomamos por adelantado.

Y corrieron a refugiarse en el automóvil que iba a llevarlos hacia la felicidad.

Pepito Doe intentó ir con ellos y montó por el neumático trasero, pero sorprendió a la venturosa pareja besándose, y creyó más discreto dejarlos solos...

Y el señor Hamilton, ganado por fin por el triunfo glorioso de la juventud, bendecía a sus hijos, conmovido, y suspiraba, mientras Filiberto se desolaba, aún sin comprender, detrás suyo:

—¡Ay, Amor, cómo me has puesto!

FIN

Próximo número:

LA TELARAÑA

por Clara Bow, Wallace Mac-Donald, Stuart Holmes, Tom Santechi, etc. - Postal regalo. Francis Mac-Donald

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA sale todos los viernes. — Precio: 25 céntimos.

LEA USTED

LA TIA RAMONA

por *Tomás Cola, Luisa Fernanda Sula, Alfonso Granada, Luisita Gargallo, etc.*

Libro 18 de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA ::

Siempre lo más grande

EN PREPARACIÓN:

Don Juan
Noche nupcial
El séptimo cielo
La mariposa de oro
"Beau geste"
El demonio y la carne
entre otras.

Un éxito enorme

■ ha obtenido el primer libro de
la nueva publicación quincenal
BIBLIOTECA "NUESTRO CORAZÓN"
titulado

La que se hizo amar

original de MARCEL PRIOLLET

96 páginas de texto - Portada a todo color

Precio popular: UNA PESETA

DE VENTA EN TODAS PARTES